



# Hotel Abismo

## Venecia Eduardo Lalo

Imagino que alguna vez esta ciudad tuvo vida propia, algo que la distinguía y hacía posible la belleza. Hoy Venecia es de los turistas y los venecianos han perdido su ciudad por haberla entregado a aquel que viene, toma fotos, compra máscaras o cristal de Murano, come pasta y se va convencido de que ha visitado la ciudad más romántica que haya conocido, porque esto es lo que se supone que piense, sienta y diga obligado como está a ser feliz aquí. Venecia ha muerto, como tantas ciudades, pueblos e incluso montañas, ríos, mares y otras topografías célebres, al hacerse hipervisible. Hay tantos ojos en la ciudad, que la mirada se hace imposible. Tantos ojos buscando el documento fotográfico, que pruebe que alguna vez en sus vidas, estuvieron en los clisés visuales de una supuesta vía regia por la civilización de Occidente. La visibilidad extrema y cegadora permite el no-pensamiento. Lo que importa es estar aquí, en el artículo genuino que se ha convertido en copia de sí mismo, en parodia sin ironía, en fealdad. La

belleza no es solamente una construcción formal, sino que además es una emoción; emoción que surge por el encuentro de la mirada con el mundo (es así por lo que la belleza puede encontrarse en cualquier parte, incluso en las personas o los lugares menos agraciados.) Venecia se ha convertido en una tautología, en una monumental construcción que certifica, más allá de toda duda, que las imágenes de la ciudad que se han esparcido por el mundo no son virtuales, sino que poseen la autenticidad del original convertido en copia de su copia.

Hace unos años tuvieron cierta notoriedad los análisis de los fenómenos de *Disney World* o de los casinos de Las Vegas, adonde acuden gentes de los más diversos países a ver, entre otras cosas, visiones idílicas e higienizadas de los lugares canonizados del mundo. Los sarcasmos teóricos que le eran dirigidos a estos complejos turísticos eran fáciles y hasta cierto punto autocomplacientes, si se toma en cuenta que venían muchas veces de asentados franceses

e italianos que se daban el lujo de pensarse por encima del fenómeno. Sin embargo, ¿estas calles que recorro, no resultarían muy parecidas a esas construcciones de lo turístico, cuando los originales, Venecia en este caso, se han convertido en víctimas de sus imágenes hipercopiadas? Tanto el exceso, como la falta de mirada y discurso, crean la condición invisible. (Dos invisibilidades: la del exceso de imágenes y la de su ausencia. En ambos casos estamos ante problemas de óptica, es decir, ante problemas teóricos que establecen las fronteras de la realidad.)

El mundo avanza hacia la exclusión del acto de mirar. El que mira con entrega (el fotógrafo, por ejemplo) se da cuenta de que progresivamente se van perdiendo los grises y los ojos se cierran. Al final quedaran como polos, extremos en un registro predeterminado, Venecia y Ruanda, la vana belleza y el vano horror, y estas imágenes sin dinámica, que se resumen en un eterno presente digital, constituirán lo invisible. (El que una de sus manifestaciones sea muy rentable para los agentes de viaje y la otra no, es un detalle que poco contrarresta la creciente tiranía de una mirada agotada que encuentra, lo que otro impone, en todas partes.)

Vi en la vitrina de una librería la traducción al veneciano de *La Ilíada*. La separación, del habla de la región, del italiano, esta pretención al menos, constituye una búsqueda de visibilidad. En Venecia también (así es en muchas partes, pues ésta es una de las características de la invisibilidad) la gente sufre *por ser de allí*, por

vivir este momento histórico, luego que otro venció e impuso sus nombres y maneras. La relación entre el texto, la visibilidad y la invisibilidad se presta al delirio. Es más, no hay forma de que sea de otra manera, porque como lo demuestra el discurso visible de lo canónico, se trata justamente de convertir el delirio en normalidad. No conozco lo suficiente el caso veneciano como para emitir una opinión, pero en esa vitrina están los que no se ven, inventando sus lecturas de los clásicos *para que los vean* en una paridad de condiciones (en este caso con el italiano, el francés, etc.), que difícilmente en un futuro, aun lejano, les será concedida.

Los domingos, en la Salizada S. Moise', cerca de la Plaza San Marco, por tanto a un paso del centro turístico de Venecia, se ubican docenas de inmigrantes africanos con copias de carteras de diseñadores. Aquí se pueden encontrar a una fracción del precio de los originales, las réplicas hechas en miserables talleres asiáticos de los carísimos Louis Vuitton, Channel, Prada, Dolce e Gabbana, etc. La selección de la calle por los vendedores, que ponen sus mercancías uno junto a otro sobre el empedrado, en un cuadrado de tela blanca, no es gratuita. Los domingos, cuando las tiendas están cerradas, tienen a su espalda las vitrinas con las creaciones originales de los diseñadores más prestigiosos del mundo. Pues la Salizada S. Moise' es la calle de la moda en Venecia y por aquí pasará, en los días útiles, la gran aristocracia internacional del dinero y masas de turistas de otras especies económicas, que se preguntarán, si a la hora de la hora, no es mejor esperar a la

copia de los domingos. Y asimismo ocurre con las máscaras de carnaval, los trabajos en cristal, los colores “venecianos” que algunos vez parecieron originales y estuvieron vivos.

Mientras lavo ropa en el lavabo de la habitación, a poco de regresar al hotel, luego de pasar el día por las calles de Venecia, escucho una emisora que pone música en italiano. Son una serie de viejos éxitos que estoy seguro de haber escuchado en sus versiones castellanas, hace dos décadas o más, viajando por España. Me figuro, además, que algunas de estas viejas canciones se grabaron primero en inglés, en Estados Unidos, Gran Bretaña o incluso Suecia. Las melodías, que no tienen otro atractivo que el de su facilidad, me devuelven a la avanzada adolescencia y a la primera juventud. Como casi todos los jóvenes, tuve una aguda consciencia de las imágenes. La juventud es la época más idolátrica de la vida y la idolatría no es sino la creencia en la función extrarrepresentativa de la imagen. Es una extensión de la fe religiosa y, por ende, una manifestación de una trascendencia fallida. Poco a poco se va perdiendo la fe, pues se descubre que las imágenes, contrario a lo supuesto, son demasiado humanas. Sin embargo, su adelgazamiento, su aproximación con sospecha, es también una debilitación de la vida. Los días devienen un estómago enfermizo que ya no puede recibir cualquier cosa.

Desconfiar de la imagen significa renunciar al mundo. Hoy, esta renuncia puede ser muy abarcadora en ciertos individuos, llevando sus vidas a la contemplación de la obsolescencia de una realidad recubierta de perniciosos clisés. Así

nos constituimos en testigos de un ocaso inmóvil. Ni siquiera la noche que no llega —esa otra imagen del fin— es ya digna de nuestra confianza ciega.

Me topo en Venecia (pero están en todos los lugares célebres del imaginario de Occidente, prácticamente sin hacer diferencias, orgullosos de haber llegado y pisado las mismas piedras que incontables personajes célebres) con los acumuladores de ciudades, con los plusmarquistas de monumentos. Poco importa si se trata de Praga, Egipto o Buenos Aires. Lo crucial es haber dedicado unos minutos a la comprobación de la existencia de la Gran Pirámide o la tumba de Gardel. Lo que importa es que la luz de estos sitios haya penetrado por el cristalino de sus bolas oculares y que por unos minutos comprueben lo evidente: que eso que habían visto tantas veces (en reportajes, libros, etc.) continúa en su lugar. Sus profundidades son del tipo: “Nunca lo imaginé tan grande (o tan pequeño)” y con frecuencia renuncian a cualquier desarrollo posterior, porque las palabras faltan ante tales magnificencias. Resulta fácil encontrarlos, a estos incansables exploradores de lo sabido. Aparecen sin falta en las mañanas de los comedores, dispuestos a hacerle frente a los desayunos, incluidos en la tarifa del hotel. Por donde quiera que pasan, el mundo se empobrece. Éstos son los que también han destruido Venecia. Para ellos vive la ciudad desde que decidió venderse.

Hoy camino al Lido, una de las islas de Venecia, vi desde la laguna, más allá de los jardines de la Bienal, la ciudad que tanto he recorrido a pie. Por primera vez también, el *vaporetto* no iba lleno de turistas. El día había tenido la gracia de amanecer nublado y el cielo sacaba a la ciudad del marco de cartón de una tarjeta postal.

Este cielo de nubes sin lluvia, sin anuncio de tormenta, no corresponde a las imágenes habituales de la ciudad, no es turístico ni memorable y, sin embargo, permite que Venecia *se vea*, que vuelva a ser la ciudad de gentes que pertenecen a un lugar.

Fui a encontrarme con la directora del programa cultural que me ha contratado, en su hotel cercano a la *Ferrovía*. Allí me dio la noticia de los ataques de esta mañana en el transporte público de Londres. Una de las explosiones ocurrió entre las estaciones de King's Cross y Russel Square. Éstas eran las que teníamos más cerca y visitábamos a diario, cuando estábamos allí no hace todavía una semana.

La directora y yo estamos encargados de dirigir las visitas culturales en Londres, Venecia y Madrid de un grupo de estudiantes de derecho, en un viaje de estudio de una universidad puertorriqueña. Cada mañana, aproximadamente a la hora del atentado, entrábamos o al menos caminábamos por la calle de estas estaciones.

La coincidencia de lugar y tiempo en relación a nuestra rutina, da qué pensar. Muy bien nos podía haber tocado a nosotros, si bien uno sabe que todo atentado es imprevisible. La

barbarie se puede manifestar en cualquier sitio, sin anuncio, sin ni siquiera, para muchas víctimas, consciencia del final.

Le contaba a la directora que la imagen que conservo con más fuerza del 11 de septiembre no pertenece al desplome de las torres ni a los acontecimientos de los días inmediatos al atentado. Ésta proviene de unas semanas más tarde. Un reportaje mostraba en televisión cómo los equipos de béisbol de Nueva York invitaban a los huérfanos a visitar sus parques, pasando la tarde en compañía de los jugadores. Los niños, cubiertos de regalos, gorras y camisetas del equipo, parecían contentos, incluso radiantes. El reportero entrevistaba a una madre que agradecía el gesto a los directivos y luego preguntaba a su hijo, que podría tener entre ocho y diez años, las típicas banalidades que se escuchan en el noticiero de las cinco de la tarde: si le gustó la visita, cuál era su jugador favorito, etc. El muchacho responde con soltura, sonriendo siempre. El reportero decide hacer una pregunta más y pregunta por su padre. Poco a poco los televidentes vamos viendo cómo el niño se rompe en pedazos. No se piense que hablo metafóricamente. Se percibe un desgarramiento que viene de dentro y alcanza todo. El niño baja la vista y la devuelve a la cámara. Se ve que está haciendo el esfuerzo más grande pero que ese día, quién sabe hasta cuándo, no podrá decir una palabra. Es el silencio que nada ni nadie podrá colmar ni aplacar ni consolar. Ese silencio que es además nuestro dolor, insignificante en comparación con el de él, de verlo y recordarlo para siempre. Ese silencio, capaz de poner en un segundo plano la espectacular venida abajo de las torres.

Esto ya ha pasado, pasa en este instante, en Londres. ¿Cuántos han sido condenados a un silencio que no puede colmar el dolor?

El terrorista enfrenta la visibilidad máxima: las grandes ciudades, los grandes eventos. No es, como resulta evidente, una casualidad que se atacaran unos de los edificios más altos y simbólicos del mundo y el Pentágono, el centro de mayor poder militar. Ésta es la lógica cuando se ataca a Occidente: convertirlo en abstracción simbólica, es decir, en el motor de las desgracias del mundo. No debe olvidarse además que el terrorista lucha también por adquirir una visibilidad al menos equiparable a la de un Occidente al que hace responsable por haberlo hecho invisible. Y esta invisibilidad puede doler hasta el punto de convertirse en patología.

Osama Bin Laden y sus cercanos colaboradores o, mas bien, las fisonomías borrosas de sus vídeos y fotos transmitidas por las cadenas noticiosas del mundo, se han convertido en unas de las imágenes más reconocidas del planeta. No ha habido ni habrá una figura de mando en el mundo islámico que pueda acercarse a esta visibilidad. Esto es ya prueba patente del éxito de sus acciones. De hecho, éste es su “tope”, pues ningún acto de terror alterará el dominio de Occidente. Puede ser costoso, modificar sus estrategias geopolíticas, provocar guerras engorrosas, pero está claro que su poderío militar y económico no está amenazado por el terror. Inmerso en el clandestinaje, el terrorista, ese gran perverso, pretende ser conocido por todos. Su exhibicionismo no se centra en su cuerpo sino en

una identidad (nacional, religiosa, lingüística, etc.) que la invisibilidad a la que lo ha sometido Occidente ha convertido en la Causa.

El terrorista busca anular la historia. Pretende imbuir al más amplio público posible con la noción de que el mundo debería ser de otra manera y que en esta nueva configuración, su nacionalidad, cultura, lengua, etc. debería estar incluida en la descripción más sucinta de la realidad.

La ubicuidad de la foto borrosa del terrorista es el punto álgido de sus acciones. Su carrera no se diferencia sustancialmente de la de las estrellas mediáticas (actores, cantantes, miembros de la nobleza, el *jet set* o la política). Ser visto tanto o más que éstos, equivale a una simbólica toma de poder. La inmolación se valida si con ella se construye una imagen competitiva en el gran mercado de lo visible. La foto de Che Guevara adorna, en Venecia, el pecho de muchos de sus ciudadanos. Hoy mismo, desde el *vaporetto*, vi cómo el piloto de una lancha que hacía las funciones de un camión, llevaba en su cabina una gran foto del icono. Se puede argumentar que Osama Bin Laden y Guevara no son lo mismo y hasta cierto punto puedo entender este aserto, pero cualquiera que conozca la inclinación al fundamentalismo del argentino y su ligereza en materia de fusilamientos, podrá pensar conmigo que las posiciones que ocupan ambos en la política de la rabia, no están tan apartadas.

Ante la imposibilidad de lograrla, la lucha por la justicia se ha convertido en una campaña de medios de la visibilidad. El éxito se mide no por el mejoramiento de ninguna tara social, sino por el hecho de que se reconozca la

victimización. En otras palabras, lo que se busca es la mediatización de la víctima.

Vi hablar a Bush condenando el atentado de Londres y aprovechando la oportunidad para justificar ante el mundo la política de su gobierno, es decir, la guerra en Irak y Afganistán. Si se pretende diluir la indignación ante las muertes de inocentes en Londres, Bush debe hablar más veces. Tenía el tono de todas sus declaraciones: el fingimiento retórico que deshace el contenido de sus palabras. Quizá sea, junto a los terroristas, el hombre más visible de estos años, especie de esfinge, de *doge* veneciano, de pontífice; más que una persona, constituye la encarnación de una función, es la portavocía de toda una clase. Hombre transparente (sus declaraciones nunca sorprenden) y opaco simultáneamente (es consustancial con una pantalla televisiva, su función es equivalente a la de una anfitrión de un noticiero, alguien que mueve los labios sin que nunca estemos seguros de lo que siente o piensa). Hacer referencia a libertades y derechos, cuando no ha hecho sino limitarlos en su país y violarlos en sus centros de detención y tortura, se recibe mal, incluso en medio del impacto de la tragedia.

El terrorista lucha por ser visible. Mientras otros hablen por él, mientras otros describan la magnitud de su maldad, continuará su violencia. Un mundo unipolar posee siempre la tentación de la mordaza, de la capucha, semejante a la usada para transportar a los terroristas sin acusar, sin representación legal, a los centros de interrogación y castigo. Mientras Bush pretenda

hablar en nombre de todos, los cuerdos, los civilizados, los humanos, equivaliéndolos a los países miembros del G 8 y sus invitados, ahora reunidos en Gran Bretaña, una cantidad enorme de países del mundo devienen invisibles. Y la invisibilidad no es exclusivamente una función ocular o relativa a otros sentidos (lo que se escucha, lo que se siente...) sino que es un lugar en la historia, la posición en una estructura que se ocupa ante los discursos de dominio y éstos, aunque tienen obvias manifestaciones económicas, tecnológicas, militares, etc., son primero que todo formas que adquiere la escritura. El hecho de que se adjetive la palabra hombre para referirse a cualquier versión de la especie excepto la del caucásico-europeo-norteamericano constituye una de las más evidentes y escandalosas ficciones discursivas. Llama la atención la tolerancia que todavía se tiene ante ella, a pesar del extremado mestizaje que se ha dado en Occidente (y en casi todas partes) desde la remota Antigüedad, y la inoperabilidad del concepto de raza según las recientes investigaciones genéticas. Pero este tipo de privilegios no son de este mundo, pues se esgrimen dentro de un *corpus* escritural de siglos, corpus que nunca reconoció, fuera de él, la existencia de interlocutores. En este sentido, cada vez que *hombre* establece una relación de equivalencia y, simultáneamente, una acción de tachadura entre los "blancos" y los *imblancos*, los primeros establecen su privilegio en el ambiente ascético de su discurso. Literalmente, no hay nadie *sino ellos mismos* a la escucha. El mundo, por tanto, no equivale a su significado de diccionario; el mundo es el guiño del ojo cómplice del discurso, que delata quiénes están

en el secreto, quiénes son los *compadres*. Se puede decir que no habido hasta el presente ningún proyecto revolucionario que haya podido alterar esta presunción de monumentalidad y, lo que es más, que muchas revoluciones, con su triste afán faraónico, han creado versiones patéticas de este mismo discurso y a la larga no han dejado de sufrir sus cadenas. Piénsese, por ejemplo, en el tradicionalísimo hombre *nuevo* de los movimientos revolucionarios de América Latina en épocas recientes.

Las desigualdades, las luchas sin resultados, esta gran cultura del fracaso del cambio del mundo, se deben a esta lengua de piedra que ha escrito la realidad para los ojos y los demás sentidos. La transformación de esta situación parece ser una forma débil o una manipulación a través de la esperanza. La historia, tanto antigua como reciente, muestra con contundencia su inmovilidad estructural. No obstante, el pensamiento no tiene que tener como objetivo la transformación del mundo. Tarea evidentemente imposible para quien esgrime una pluma. El pensamiento es un acto de supervivencia; le permite a *ciertos* hombres y mujeres vivir hacia dentro en un mundo en el que apenas pueden encontrarse. Por esto es por lo que la escritura y el pensamiento poseen la naturaleza imaginaria de una cofradía; un gremio que tiende a ser muy limitado para las culturas invisibles y que tiene posibilidades de prestigio e incluso de verdadera fama y fortuna para las visibles. Pero, en ambos casos, es una actividad que se da como respuesta *vencida* ante la vida. No veo ninguna minusvalía en esta postura, sino todo lo contrario, la aceptación voluntaria de lo que es la práctica de un heroísmo inútil. Esta simbolización del

vencimiento ante fuerzas superiores es, que duda cabe, la muestra patente de que aun las grandes victorias poseen una condición pírrica. Este sustrato oculto que parece subyacer al sonido cristalino del discurso, es la trampa en la que caen muchos de aquellos que se benefician de la visibilidad de la hegemonía. La visibilidad *es también una ilusión*. Y la hipervisibilidad de las culturas fuertes debilita a la larga sus privilegios.

El mundo, que comienza a equivaler al catálogo de la oferta consumista, se empobrece cuando se empeña en imaginarse cada vez más opulento, excediéndose continuamente a sí mismo, es decir, a la idea que se hace de su pasado. Pero prácticamente todos, incluso los más pobres, incluso los terroristas que se enfrentan violentamente a este fenómeno, llevan los mismos zapatos deportivos, las mismas camisetas con las esfinges de los mismos atletas o cantantes, viajan en las mismas camionetas *Toyota*. En este sentido no hay diferencia entre el Cinturón Bíblico de los Estados Unidos y Afganistán.

Lo hipervisible, lo archiencontrable, genera no solamente pobreza cultural sino que además produce ceguera. Los extremos se tocan; acaso no sean extremos, sino dos ropajes idénticos pero de diferente color. El invisible y el visible, esas dos manifestaciones del ciudadano de nuestra época, son ambos víctimas de una enfermedad de la mirada y el entendimiento.

A partir del caso de Venecia, reflexiono constantemente sobre la idea del atentado cultural. El proceso mortuorio ha comenzado y durará probablemente más allá del lapso de

tiempo de una vida: setenta y cinco, cien, ciento veinticinco años. Pero Venecia no desaparecerá bajo las aguas del Adriático, porque ya Venecia lleva mucho tiempo desapareciendo al hacerse hipervisible, al fagocitarse como copia de sí misma, al hacerse parque de diversiones, *Disney World* o *Las Vegas en el original*.

El viaje deja de serlo y se convierte en comprobación de lo familiar. En todas partes, el mundo se transforma según el estándar de confort de una cadena de hoteles: cama, mesa, ducha, mini-bar. Este es el nuevo canon. Estas son las nuevas formas de lo visible, de lo tratable, de lo sentible, de lo emocionable.

Los presidentes de los países del G 8 partieron ayer de Gran Bretaña. La reunión no debe haber durado cuarenta y ocho horas. Al final, las fotos de grupo, más graves esta vez los semblantes, a causa de los atentados de Londres. ¿A quiénes representan? ¿Qué forma visible son de qué cosa? Esta reunión tenía en su agenda la ayuda de emergencia a África. Hablan en nombre de algo que para casi toda la población de los países del G 8 constituye la definición misma de lo invisible. África son los reportajes sobre las hambrunas, las ciudades con calles sin asfaltar, sin desagües, los hombres que venden imitaciones de carteras *Dolce e Gabbana* cerca de San Marco. África: docenas de países que no son cultural ni lingüísticamente, ni siquiera racialmente, una unidad y que se ha visto y se seguirá viendo en bloque, con un resultado grotesco, similar al de pensar que un suizo-alemán y un gallego son lo mismo. ¿Quién podrá ver a los africanos? ¿Cuándo podrán ser

africanos y ser a la vez *alguien*? ¿Cuándo Bush, Blair y Chirac hablarán de África sin actuar como mecánicas cabezas parlantes? La política es una de las manifestaciones del discurso que con más ligereza impone la invisibilidad y aun cuando, como en este caso, la intención es hacer algo visible (la ayuda humanitaria a África) es para imponer simultáneamente límites severos a lo visible, para asentar “moralmente” las catástrofes y las responsabilidades. Los países invisibles son aquellos que han sido intervenidos por el discurso del Otro y *Éste* ha hablado y habla por ellos y lo hace sustituyendo, convirtiéndose en el experto de la máscara muda o apenas balbuciente en que este discurso los ha convertido. El ser invisible, aun cuando habla y es escuchado, cuando logra mostrarse, recibe el silencio educado, la sonrisa cortés que lo ningunea. El invisible, el originario de Togo, Honduras, Filipinas o Puerto Rico se le percibe aún, atávicamente (¿pero qué hay detrás de este atavismo?), como un hablante de la etnia o de la raza. (¿Existe, por ejemplo, una etnia parisina, Sartre o Lacan *se leen* con el acordeón de una *java* de fondo? ¿No somos todos igualmente exóticos o es el exotismo un arma discursiva y discriminatoria?) Esta frontera infranqueable, impuesta por el discurso de Occidente y muchas veces aceptada consciente e inconscientemente por el hablante invisible, actualiza a diario la época de los “descubrimientos”. Este tiempo no ha muerto, porque ningún tiempo muere completamente. Las acciones de la humanidad se perpetúan, incluso más allá del olvido, que acaso sólo las puede cubrir igual que la tierra cubre una ciudad en ruinas, igual que el inconsciente, que posee un contenido que aparenta no

poseerse, pero que está ahí y determina la naturaleza de la vida. Así, la invisibilidad tiene que ver muy tangencialmente con la biografía. Es una de las formas que adquiere la tragedia, puesto que está determinada por lo que nunca nos fue dado decidir, por la pérdida que vivimos cada día de nuestras vidas y de la que no somos responsables.

Ayer pasé el día en Verona. Confirmo lo pensado sobre Venecia. A pesar de los turistas que acuden a su festival de ópera y las largas calles peatonales llenas de *boutiques*, su población aún posee su ciudad, que no se ha convertido en una fachada hipervista. Así, este día, resultó ser más grato que todos los venecianos, inmerso en la lenta luz de Verona, visitando sus iglesias del medioevo, sentado en la terraza de un café frente a la arena romana o, caminando, a la hora del crepúsculo, hasta un puente antiquísimo, junto a una colina de cipreses y palacios, que para mis ojos poseían la cualidad, hasta ahora no experimentada en este viaje, de no haber sido nunca vistos.

El domingo pasado en Padua. La ciudad vacía. Como en Verona, amplias calzadas por las que pasan los habitantes a pie y en bicicleta.

Visita a la capilla Scrovegni, pintada por Giotto a comienzos del siglo XIV. Estas calles han sido *las calles* por generaciones y siglos. Una ciudad bella, de tamaño humano, que por estar vacía este domingo no se siente menos habitada.

Al tomar el tren de Venecia, cuando caía la noche, veo a una mujer de más de cincuenta años en otro andén, tirándole migajas a los pájaros que se arremolinan frente al banco donde está sentada. El gesto generoso estaba repleto de tristeza: una mujer de Padua que termina su día y su pan. Un gesto del tamaño de estas ciudades, que todavía, por tanto, se puede ver, que no ha devenido invisible.

A eso de las nueve de la tarde, llegué a Mestre, donde está mi hotel, en la ciudad-dormitorio de Venecia, que se encuentra a poco más de diez minutos en tren de la ciudad de los canales. Comenzaba a llover y la tarde se había puesto inhabitualmente fresca. El hotel que está frente a la estación, tiene un restaurante pero no me interesaba comer allí. Caminé por la *via Piave*, que es una línea recta más o menos presentable, pero encontré todo cerrado salvo un par de restaurantes chinos. Tampoco quería comer en ellos, ni empaparme por gusto, caminando más para no encontrar nada. El domingo anterior, había regresado de noche y visto que, al menos en el día de descanso, la ciudad estaba muerta. Subí a mi cuarto y me puse a dibujar. Una hora después tenía hambre.

Volví a la estación. En casi todas hay un *McDonald's*. En Italia, estos restaurantes tienen en sus menús una *insalata caprese* genérica, pero que después de todo constituye una novedad tragable. Sin embargo, en esta ocasión se les habían acabado. Un vegetariano tiene pocas alternativas en estas circunstancias y debí someterme a *due patatine*. Mi cena constituyó

por tanto de dos órdenes de papas fritas y el agua del grifo del baño, porque tampoco les quedaba agua embotellada.

Agraciadamente, la dependienta me atendió rápido. Mi orden era simple y no tuve que hacer la fila de los que esperaban hamburguesas. Aun así, pude observar a la cajera. Una italiana pequeña, joven y poco atractiva, condenada a dar una y otra vez una idéntica bienvenida, a hacer las mismas preguntas, a repetir los gestos que aceleran el servicio. Estaba frente a una melancolía que es hoy prácticamente universal. La muchacha trabajaría hasta las diez, las once, hasta cuando cierre el *McDonald's* de la estación de Mestre, y luego caminaría o iría en busca de su bicicleta, pasando frente a los albanos que viven una infelicidad profunda, producto de décadas de residencia en la utopía, con dosis generosas de nicotina y testosterona, frente a la estación, mientras sus mujeres –esposas, madres, hijas—piden limosna, arrodilladas en posturas de abyecta medievalidad, que hacen pensar en la inmovilidad dolorosa de un ejercicio penitente. La esperaría un cuarto en un edificio indiferenciable de esta ciudad-dormitorio, en este lugar perdido del mundo, en el que se hospedan los viajeros que no pueden pagar o no encuentran un cuarto de hotel en Venecia.

Y la muchacha podría vivir en San Juan, Ponce o en un pueblo menor de Puerto Rico *con solución de continuidad*. Porque esto es quizá lo único que hoy se “resuelve” en el mundo: la forma en que enormes cantidades de seres humanos viven y representan la tristeza.

Nuevamente lavo ropa en el baño, escuchando el pequeño transistor que he traído. Una estación como cualquier otra, un *disc-jockey* y mucha música en inglés: canciones que se han escuchado en todo el mundo. Me admiro ante lo que me parece una forma básica del hastío: alguien tiene que haber producido (probablemente hizo así una fortuna) estas latas de refresco hechas música. Cientos de miles las escuchan y cientos de miles atan sus recuerdos a estas melodías que llenan las noches de los domingos con el peso de los lunes.

Visito el *Arsenale* para ver parte de la Bienal de Venecia. ¿Durante cuántos años leí en revistas de arte con fruición y envidia sobre esta muestra? El lugar y la presentación de la exposición son fabulosos: una larguísima nave oscura en la que van sucediéndose islas de exposición. Sin embargo, la gran mayoría de las obras, muchas de ellas vídeos, son de una banalidad despampanante. Los artistas dejan ver, como también acontece en San Juan, que su trasfondo no va mucho más allá de la cultura pop. Entiendo aquí plenamente por qué me he alejado de los circuitos establecidos del arte. Que el valor del trabajo equivalga a entrar al *hit parade* de las bienales, gracias a los buenos oficios de comisarios de exposición, o pugar por los favores de coleccionistas, cuyo rasgo más distintivo es su cuenta bancaria, me resulta un esfuerzo carente de interés. El arte es también una forma de pensar y la Bienal de Venecia, nos muestra principalmente la obra del artista como retrasado cultural. ¿Qué memoria queda ya de estas obras a unas horas de haberlas visto, de

estas actuaciones sobre el cuerpo, sin espesor, que son pura superficie, actos perfectos de falsos vacíos?

Hoy, por fin, me voy de Venecia. Lo que hay dentro de sus *scuolas* e iglesias es inolvidable. Lo que ocurre en cualquier otro

lugar, excepto en sus pocos barrios verdaderamente residenciales, es un atentado cultural que hace inaguantable una ciudad que se ha convertido en la ilusión de su espejismo.

Me he quedado porque tenía que trabajar y porque, después de todo, los purgatorios siempre tienen algo que decir.